

El hombre que podía volar

Daniela



Capítulo 1

Lápiz y papel en mano, Aurelio escribía:

"Soy un hombre que puede volar, y déjenme decirles que mi vida no ha sido nada sencilla. Siempre lo supe, no recuerdo exactamente el primer momento donde me di cuenta pero ha estado ahí desde que tengo memoria.

Cuando era chico y papá me llevaba a la plaza tengo grabado en mi mente el dolor de panza que me provocaba el miedo a ser descubierto. Recuerdo evitar a toda costa y a pesar de la insistencia de mis amigos subirme al temible tobogán, me daba pánico tirarme y en un descuido ser despedido por el envión y salir volando. ¿Pueden imaginarse ese momento? Volar delante de todos, de los nenes y sus papás que gritarían de asombro y de susto, y delante de mi padre. Era un hombre tan bueno que seguramente se asustaría más que nadie. Estoy seguro que no podría creer lo que sus ojos presenciarían y se angustiaría mucho, lloraría de humillación ante semejante fenómeno. Y yo no podía permitir eso.

Así pasó mi vida. Mis primeros años de escuela y los que siguieron, todos cuidando de mis movimientos para que nunca por error o descuido alguien me viera con los pies en el aire. Cuando terminé el colegio empecé a trabajar en el taller de papá. Mamá decía que estaba desperdiciando mi talento, la verdad que siempre fui una persona con mucha facilidad para el estudio y sé que de haber ingresado a la universidad probablemente hubiera sido un gran profesional, pero eso era demasiada presión ante mi condición y honestamente el trabajo con papá era ideal para mí.

Papá tenía en su taller una fosa donde se metía para trabajar con los autos desde abajo y que mejor para mí que no quería despegar del suelo que estar dentro de él. Él estaba feliz de pasar los días con su hijo y yo me sentía seguro. Era un círculo perfecto. Cuando me mudé solo a un departamentito a unas cuabras de casa comencé a tomar más recaudos, puse una cadena a la cama y cada noche me ataba un pie. Por las dudas. Si algún día soñando me levantaba por los aires estaría seguro. Recuerdo que antes de mudarme algunas veces me ataba con una soga que después escondía entre el elástico y el colchón para que mamá no se diera cuenta. Pero desde que vivía solo todo se hizo más sencillo y ya no tenía que preocuparme por esconder nada.

Otro detalle importante que me gustaría compartir es que siempre tuve que tener la heladera llena, con el estómago vacío cada paso era un riesgo. La verdad es que toda mi vida fui muy flaco, eso lo heredé de papá, y aunque probablemente uno o dos kilos más no hicieran la

diferencia para mí era fundamental. Algún día en que por apuro o por simple pereza no desayunaba o almorzaba me sentía muy inseguro para salir de casa, sentía que a cada paso mis pies se despegaban del piso desafiando la fuerza de gravedad. Como si por alguna razón ya no estuviera caminando por la tierra, sino por la luna.

Fueron pasando los años y mamá y papá fueron envejeciendo. Primero se fue mamá una tarde de lluvia y dos años más tarde papá. Yo seguí en el taller como siempre, extrañándolos mucho pero muy agradecido de que gracias a Dios en sus años de vida jamás se enteraron de mi desgracia y se pudieron ir en paz. Hoy con sesenta y tres años de edad siento hice las cosas bien hasta donde pude y estoy orgulloso de mi mismo. Pero ya estoy cansado. Lo pensé por demasiadas noches de mi vida y creo que ya es tiempo. Hoy voy a subir al edificio más alto de la ciudad y voy a volar. Realmente no sé hasta dónde voy a ir ni por cuanto tiempo estaré en el aire. Tampoco se cual pueda ser la reacción de la gente si es que alguien llega a verme desde abajo, aunque vuele lo más alto posible, pero realmente eso ya no tiene importancia."

A las seis de la tarde puntual Aurelio salió de su casa con su mochila al hombro. Pocas cosas para hacer ligero el vuelo y un abrigo, porque mientras más subis más frío hace. Parado en una esquina de la terraza de un edificio, al que subió sin que nadie le preguntara quien era o que hacía ahí, contemplaba el vacío pensando en la infinidad de veces que había esperado por ese momento. En el pecho un poco de susto y mucha emoción. Tenía también una sensación rara y agradable que no lograba descifrar porque nunca antes la había sentido, la sensación de libertad. Se puso el abrigo que traía en la mano, la mochila bien ajustada para no perderla, alzó los brazos por sobre su cabeza y voló.